

## **Cultura camagüeyana en Antonio Bachiller y Morales**

*Camagueyan Culture in Antonio Bachiller y Morales*

**Recibido:** 23 de marzo de 2022

**Aceptado:** 28 de mayo de 2022

**Autor:** Dr. Marcos Antonio Tamames Henderson\*

**Resumen:** Dentro de las fuentes utilizadas en la historia cultural de las primeras villas cubanas se encuentran los epistolarios y crónicas de viajes, testimonios de una realidad interpretada desde los horizontes culturales que acompañan a sus autores. El presente trabajo analiza desde perspectivas antropológicas las memorias del habanero Antonio Bachiller y Morales tras sus vivencias en Puerto Príncipe (Camagüey), registro documental que, en diálogo con la producción material y espiritual de esa localidad, revela sustanciales rasgos identitarios.

**Palabras clave:** Cultura, antropología, identidad, Camagüey.

**Abstract:** Inside the sources used in the cultural history of the first Cuban villas funded the epistolary and chronic of travelers, testimonies

---

\* **Marcos Antonio Tamames Henderson** (1961) ([marcos.tamames@gmail.com](mailto:marcos.tamames@gmail.com)). Licenciado y máster en Historia del Arte, doctor en Ciencias sobre Arte. Profesor auxiliar por la Universidad de las Artes, investiga la ciudad como texto cultural. Premio de la Crítica Histórica José Luciano Franco (2005), Premio V Salón Nacional de Arquitectura en la categoría Publicaciones, teoría y crítica (2005), Premio Anual de Investigación Cultural (2006), Premio de Investigación por la mejor tesis doctoral defendida en la Universidad de las Artes (2017).

of a reality interpreted from the cultural horizons of his authors. The present work analyses from anthropological perspectives the memories of the habanero Antonio Bachiller Morales after his experiences in Príncipe Port (Camagüey), documentary register that, in dialogue with the material and spiritual production of this place, show substantial footprints of identity.

**Keywords:** Cultural history, anthropology, identity, Camagüey.

Una de las principales ciencias que ofrecen nuevas perspectivas para entender de dónde venimos y hacia donde vamos es la antropología. La necesidad de aproximarse a «los otros» no se reduce a una pericia para establecer comunicación con ellos, sino que es —y quizás sea uno de los aportes más interesantes— una posibilidad real de conocernos a nosotros mismos. ¿Podría considerarse a Bachiller y Morales como un etnógrafo del siglo XIX a partir de sus crónicas de viaje a la ciudad de Puerto Príncipe?

La ubicación de Antonio Bachiller y Morales dentro de la antropología merece un trabajo que desborda las pretensiones de este artículo; sin embargo, es necesario apuntar aquellos enfoques o métodos que, implícitos en sus descripciones de viaje, permiten que se le considere como uno de los etnógrafos que visitara la ciudad de Puerto Príncipe en los tiempos de coloniaje español. Especialistas de esta ciencia, tanto cubanos como extranjeros,<sup>1</sup> han marcado como uno de sus aportes más significativos la necesidad de partir del trabajo de campo y la experiencia *in situ* para un entendimiento del otro. Como han apuntado Alain Basail y Yoimi Castañeda: «La antropología fue la primera ciencia social en hacerlo y darle un estatus epistemológico a la vivencia con el otro para descubrir: ¿qué hacía la gente?, ¿cómo lo hacía? y ¿cuál era su punto de vista?» (2005, p. 5).

Pero la presencia de Bachiller y Morales en Puerto Príncipe no estuvo motivada por un interés en conocer a los habitantes de esta región, por el contrario, el que se tratara de una parte de la isla y, por tanto, el deber su conformación cultural a la subordinación a una misma metrópoli y los factores modélicos impuestos por ella, le hacían suponer que no debía encontrar grandes diferencias entre el comportamiento de los príncipeños y el de sus compatriotas habaneros. Aunque no sería muy desacertado preguntarse si el acto de juzgar con superioridad capitalina a los territorios de la llamada «Tierra dentro» no era una forma de colonización interna o dominio dentro del coloniaje mayor o metropolitano.

Lo cierto es que Bachiller se inscribe entre los jóvenes ilustrados del XIX, y sus conocimientos de la región príncipeña se insertan en el más noble empeño de su época: el reconocimiento del territorio insular como una entidad, o en términos históricos, la consolidación de la nacionalidad; y, desde este enfoque, sus incomprensiones están motivadas por la intensión de «elevar» la cultura local a los patrones que supuestamente considera más a tono con el «progreso» decimonónico.<sup>2</sup>

Un asomo al corpus teórico de la antropología apuntaría a ubicar a Bachiller y Morales dentro de los etnógrafos de la primera mitad del XIX, un etnógrafo solitario, si se sigue la clasificación ofrecida por Renato Rosaldo en 1991 (citado en Basail, 2005, pp. 15-16), aunque salvando la distancia de quien marchaba a la búsqueda de un nativo en un territorio distante. Dos de los principios epistemológicos que constituyen el núcleo de esta ciencia, en relación con sus métodos, son el *situacional* y el de *incertidumbre*; el primero de ellos marcó a Bachiller en su intención de entender los acontecimientos culturales que aparecieron ante sí, sin quebrantar los estereotipos de la cultura propia; el segundo, el de incertidumbre, le conllevó a superar barreras

físicas, sociales y culturales manifiestas en el espacio para adquirir la imprescindible convivencia con los habitantes durante el período necesario para graduarse de abogado en la Escuela de Jurisprudencia de Puerto Príncipe.

Al reconocimiento de lo diferente le sigue un proceso de comprensión bajo el auxilio de los sentidos, la historia o la comparación de procesos análogos en otros contextos. Estamos, pues, en presencia de un «observador» con dones especiales. De ahí que, convencido de la existencia de las identidades locales y regionales, sugiere «...los habaneros encontrarán costumbres desconocidas para ellos y rasgos curiosos que dan a Puerto Príncipe una fisonomía particular» y, no conforme con ello, deja nítido el fundamento de que, con el tiempo, lo que presentará será un válido documento histórico para comprender las identidades de los camagüeyanos: «...y cuando en el porvenir se examine el estado a que pueda llegar, entonces podrán servir mis pobres trabajos de punto de partida o de objeto de comparación». Con ello, está abogando por una historia comparada que conlleve a verdaderas generalizaciones del acontecer cultural en el ámbito nacional.

Otra particularidad de extraordinario valor en el texto de Bachiller, y que se manifiesta de forma involuntaria, es la combinación de dos principios vinculados con el discurso antropológico: *la traducción*, entendida como el modo de representar la cultura estudiada en relación con los términos de la propia; y *la interpretación*, atribución de significación al signo en el medio sociocultural en que se manifiesta.

En resumen, si se acepta la antropología como el conjunto de reflexión y observaciones sobre la alteridad cultural, particularmente desde la sociología y la historia, cobra validez, entonces, tomar como referencia los relatos de viajeros, misioneros, oficiales militares y otros forasteros, para corroborar o negar la permanencia o ruptura cultural

en la ciudad de Camagüey. En «Recuerdos de mi viaje a Puerto Príncipe» (1838-1839), encontramos una visión holística de la cultura de los camagüeyanos, un complejo análisis de los sistemas simbólicos de su sociedad en la primera mitad del XIX, desde un enfoque que no ha de perder de vista las precisiones metodológicas o teóricas que los científicos contemporáneos otorgan a esta disciplina (Basail y Dávalos, 2005, p. VII).

Es preciso señalar que los «Recuerdos...» fueron escritos tras serias reflexiones sobre sus experiencias con el acontecer cultural durante su estancia en Puerto Príncipe, aunque resulta probable que contara con algunos apuntes primarios, un diario, antropológicamente hablando. Si, además, no desatendemos el hecho de que se trata de un documento preparado para su publicación, con lo cual se inscribe dentro del género literario, uno de los modos —junto a un informe cuasisociológico— en que se manifiesta el discurso antropológico para algunos posmodernistas, entonces se corrobora el criterio de que cada una de sus partes estuvo sometida a revisión. Si a ello añadimos que el tiempo compartido por Bachiller con la realidad local le había permitido estrechar lazos afectivos considerables con sus habitantes y sus problemáticas, queda claro que el compromiso no era tan solo consigo, sino también con la ciudad y sus moradores. De ahí que enuncie: «no tengo otra idea que presentar a los habaneros un bosquejo de las costumbres y estado actual de la provincia a que son relativos en lo que he alcanzado a observar», con lo cual no solo establece el método de que se vale —la observación—; sino que, sin evitar profundas reflexiones, tanto desde el punto de vista propiamente sociohistórico como filosóficas, deje por sentado que: «no es una obra acabada y de estudio la que intento publicar, es la expresión de lo que he sentido». Llamo la atención hacia la relación que establece el decimonónico letrado entre las contrapuestas aristas del saber humano: lo observado y lo sentido.

El documento se publicó originalmente en seis capítulos en el periódico habanero *La Siempreviva*, tres de ellos en 1838 —el primero acompañado de una breve introducción—, y los restantes en 1839. Cada uno de ellos fue presentado con un subtítulo o una breve descripción de lo que hallaría el lector en él, un recurso muy propio de la época, al que con seguridad hoy llamaríamos resumen y palabras clave del material. El orden temático parece subordinarse al modo en que su autor descubre y enfrenta los acontecimientos, aunque, como se verá, no ocurre así en su totalidad.

El capítulo I, al que anteceden las intenciones del autor, se nombra «Travesía», sin dudas por recogerse en él la trayectoria desde La Habana a Puerto Príncipe. Contiene tanto las descripciones del paisaje geográfico como de aquellos puntos de tránsito a los que arriban en busca de provisiones o descanso. Se trata de un conjunto de elementos no despreciables para quien pretenda conocer qué referentes culturales trae el forastero que habrá de enfrentar a la ciudad de Puerto Príncipe. Resulta válido destacar, por ejemplo, que encuentra «bellísima» la ciudad de Matanzas, por la construcción de un paseo, el «hermoso» hospital y el «espacioso» cuartel «que tanto resaltan en el paisaje que se ofrece a las miradas del navegante»; la arquitectura es, ante los ojos de Bachiller, un importante signo de modernidad e ilustración, criterio que no le impide disfrutar del «pintoresco» paisaje de la bahía de Caibarién. Espacio, economía y arquitectura encuentran una interesante relación en los apuntes del autor. Especial lugar ocupa el desembarcadero de Guanaja, en pésimas condiciones para las funciones que realiza, pero de connotada significación para la entrada de mercancías, principalmente para la compañía Imías y Carnesoltas, que dispone de caballerías y cabalgaduras para el viaje de los forasteros desde la costa hasta la mediterránea villa.

«Descanso en Cubitas», título del capítulo II, aborda particularmente las impresiones recibidas en la fonda La Matanza, parada obligatoria de los que se dirigen a la ciudad. Suma Bachiller, en estas descripciones, los testimonios de los habitantes del lugar, con lo cual no solo da señales de respeto, sino también la posibilidad de nuevas interpretaciones del documento. Por los temas tratados en el capítulo III pudiera entenderse por qué, hasta el presente, ha sido el más leído y hasta utilizado por los investigadores. Bajo el subtítulo «Visita a la ciudad de Puerto Príncipe. Exterior de las casas. Procesión del Santo Entierro. Oraciones de la noche. Novedad religiosa», este acápite deviene representación fotográfica para aquellos que indagan en torno a la imagen urbano-arquitectónica y el comportamiento de las festividades religiosas en la primera mitad del XIX, quienes, ante la carencia de imágenes gráficas que correspondan a este periodo, han tomado como referente la información que ofrece el letrado capitalino, aunque pocas veces con la profundidad de análisis que merece su texto.

El primero de los capítulos publicados en 1839, el IV, se tituló «Las calles y su numeración. Interior de las casas. Alquileres. Tiendas. Mercados» y, como su nombre lo indica, tenía por base las iniciativas que el despotismo ilustrado había incorporado en La Habana desde el paradigma de la ilustración. Bachiller y Morales había sido partícipe de las remodelaciones que sufriera la capital bajo el gobierno del capitán general Miguel Tacón, entre 1834 y 1838, particularmente en los espacios públicos como paseos, alamedas, mercados y teatros, entre otros; temas que pasarían a ocupar cierta prioridad en la administración de las ciudades cubanas.

Los restantes capítulos, el V y el VI, se mueven en similares coordenadas. El primero, «Lenguaje, fisonomía. Novelas. Indias. Educación. La Gaceta. Industria», centra la atención en lo que la

modernidad llama el patrimonio intangible e inmaterial, discutido término en la actualidad por algunos de los especialistas del patrimonio cultural. El modo de hablar, enseñar, la relación interracial (panorama en el que otorga significativo espacio a la huella indígena), el papel de la prensa escrita, la literatura o la industria local, son observaciones nada desdeñables dada la agudeza para abordar fenómenos tan peculiares como el de una región configurada a lo largo del tiempo, desde una estrategia de subsistencia donde la alternativa deviene vía central para el desarrollo.

El último, el VI, reúne una serie de impresiones que no deben faltar a un lector habanero que pretenda aproximarse al espíritu de lo camagüeyano en las notas de Bachiller. Para ello el autor arma un hipotético día en el que convergen varios acontecimientos y lo titula «Un día bien empleado: Misa de diez en la Iglesia Mayor. La Rosa Príncipeña. Visitas. Tertulias en la plaza. Paseos. Altares de cruz. Bailes. Retretas. Teatros». El diálogo entre tradición y modernidad, entre el arraigado catolicismo y una pujante asimilación de lo profano, se llevan las palmas; un contrapunteo en el que termina reinando el mirar de un antropólogo que no está ajeno a ideas del «progreso» como única manifestación del desarrollo cultural.

Reconocido el valor literario de las crónicas de Bachiller y Morales en su viaje a Puerto Príncipe, estas fueron compiladas en el tomo I de *Prosas cubanas*,<sup>3</sup> editado por el Consejo Nacional de Cultura en 1962, junto a escritos de Manuel Costales, José de Frías, José González del Valle, Fernando O'Reilly, Ramón de Palma, Ramón Piña, José Quintín Suzarte e Idelfondo Vivanco.

En su análisis, se centra la atención en solo algunos de los aspectos señalados por el autor, particularmente en aquellos que apuntan hacia una consolidación de los rasgos identitarios en el camagüeyano, como el caso de la camagüeyanidad desde su espiritualidad, es decir, desde



ese universo cosmogónico que con frecuencia ha motivado que habitantes de otras regiones, fundamentalmente desde occidente, les consideren orgullosos, rebeldes o cicateros.

Si hemos enfocado las crónicas como un texto antropológico, lo justo es que nos acerquemos a él tras la cosmogonía que rige el comportamiento cultural de los camagüeyanos en ese momento, desde un *corpus* teórico sugerido por un antropólogo, en este caso el norteamericano Clifford Geertz. Para él, y para esta aproximación, la etnografía es una jerarquía estratificada de estructuras significativas, cada una de las cuales está plagada de sutilezas y matices a las que solo se puede llegar desde la semiótica. Trataremos, pues, de entender las impresiones descritas por Bachiller como un texto codificado, al que aplicaremos la interpretación desde el conocimiento previo del ambiente decimonónico, adquirido tras las sistemáticas investigaciones realizadas en estos últimos años. Es clave entender que, al decir de este autor, el ser humano está «suspendido en telarañas cuyo significado él mismo ha construido» (Geertz, 2005a, p. 548), a partir de significaciones establecidas socialmente y, por tanto, lo interesante es buscar un significado, una explicación, literaria o no, a cada uno de los rasgos resultantes de su comportamiento en dicha telaraña, manifestada generalmente, como la cultura, de forma pública.

Como ya he reiterado en otros textos, uno de los factores que mayor incidencia tuvo en la conformación de la identidad del camagüeyano fue el catolicismo.<sup>4</sup> El cristianismo que acompañó el proceso de fundación y colonización en América alcanzó en el caso de Puerto Príncipe dimensiones peculiares con relación al resto de las primeras villas cubanas, y conservó aquí una tradicional expresión avanzados los siglos XVIII y XIX. Se trata de una dimensión que no se reduce a su alcance en cuanto a número de seguidores, entiéndase feligreses, instituciones o sus festividades en espacios públicos, sino, y

esencialmente, en un modo singular de asumir y entender la fe. La sólida relación establecida entre hacendados y el clero criollo, en ocasiones marcada por lazos consanguíneos, sedimentó una religiosidad mucho más fuerte que la establecida entre un clero español y propietarios en otras regiones.

No ha llegado el letrado habanero aun a la ciudad intraríos —entre el Tíñima y el Hatibonico— y desde la fonda ubicada en La Matanza, siente las resonancias de la fe católica de los camagüeyanos. Es Jueves Santo y, en un ambiente rural, advierte el respeto de sus habitantes por la tradicional abstinencia de carne que reclama esta fecha, en tanto «solo se hablaba de pesca». ¿Le resultaba al etnógrafo pasado de moda el conservar semejante costumbre? Apunta en su artículo: «La llegada de los pescadores se festejó por las mujeres de la compañía con grandes transportes, pues algunas de ellas no habían comido en todo el día por guardar la festividad» y, con cierto asentimiento o resignación, confiesa: «hablamos de la abstinencia de cuaresma, y nos impusieron las buenas patronas de sus privaciones voluntarias de tabaco y demás placeres en honra y prez de Dios y en desagravio de culpas y pecados» (p. 187). Dos ideas se unen en su reflexión de que todo allí era una miscelánea: la heterogeneidad de la procedencia de los que allí se reúnen —el ventero era andaluz y dos de la familia eran cartageneros de Indias— y la persistencia o respeto a la «abstinencia de cuaresma». Bajo principios racionales o no, vincula Bachiller la estructura social con la expresión de su espiritualidad y no conforme con ello, como sugiere Geertz, se adentra en otros signos que correlacionan el relato antropológico: la casa, el mobiliario, el vestir, el aire de satisfacción o resignación que les acompaña.

La casa exenta en la que los viajeros se detienen a descansar es una casa de campo integrada por «un corral formado de estacas y las delgadas *trancas* de la rústica talanquera» dejan una estrecha entrada

a los caminantes. «La casa tiene una apariencia de una jaula en la parte cubierta, pues las paredes se componen de rajadas de leña o madera puestas desde el piso hasta las soleras» y, según el cronista, «más desaliñada y sucia venta ni pudiera encontrarse en la Mancha» (p. 183). La pormenorizada descripción que hace del interior de esta casa revela que se trata de una edificación que desborda su función de tránsito o fonda para caminantes, al reunir condiciones mínimas para garantizar otros servicios, tanto en lo referente a la alimentación como atención al transporte:

Estábamos en una larga pieza sin más suelo que el natural, con las desigualdades que son de inferirse, a mano izquierda de la entrada frontero al camino le adorna un tablado que supe era destinado al laborío del casabe al pie de la cual se extiende una dilatada *canoas* cubierta de pareos y avíos de arrias a los cuales vinieron las inmensas albardas de que hice emoción en mi primer capítulo. Alzase al lado de la derecha un fogón de mampostería medio arruinado, y colgados de las paredes y esparcidos por el suelo algunos viejos cacharros y cántaros, lebrillos y bateas. En cuanto a muebles, dos pequeñísimas mesas, un desvencijado, abolengo y campesino butacón, varias sillas de cedro forradas de cuero y un tiesto desorillado en donde venían a beber los flacos perros y las aves de la casa. Por lo visto el lugar no es de delicias, y los viandantes por tal le consideran atendiendo al deseo con que a él ansían llegar: es harta cuita, por cierto (p. 184).

De estos signos de pobreza observados en la casona y su mobiliario, pasa a un reconocimiento de las personas que le habitan, y concluye que socialmente esta es una comunidad en la que el parentesco y la afinidad de carácter determinan su estructura y funcionamiento, un tejido social que desde sus referencias compara con los guajiros de Vuelta Bajo, criterio que corrobora ante las «casas enyaguadas» (p. 186) que se suman a la fonda; aunque las que tiene ante sí, en lugar de cuadrilongas como aquellas, son aproximadamente elípticas. ¿Acaso

resabios del modo aborigen de edificar? En el plano sociológico, el mismo Bachiller hará sus reflexiones en torno a la huella de este importante eslabón de la cultura regional, subestimado aun en todo el ámbito insular.

Sorprende que en fecha tan temprana se profile el criterio de que el desarrollo material no va siempre de la mano con la riqueza espiritual:

A más de cien leguas de La Habana debajo de aquel techo de guano y rodeados de seres tan alegres como pobres ¡Cuántas reflexiones se atropellaban en mi mente! vestidos los hombres de coleta cruda con su *hojita*, su gran sombrero, su *mecate* y *pihuela*, muchos sin zapatos indican claramente la existencia de muy pocas necesidades que llenar en la vida. Y si esto no basta, volved los ojos a una mujer: su *túnico* o traje de listado huelga en su cintura y sobre sus tostados hombros jamás ceñido: sus pies apenas se cubren con sencillos zapatos, su pecho sufre los rigores del sol desprovisto de un tosco pañuelo (p. 187).

Sin embargo, es preciso no olvidar que lo que mueve a la ilustración es el progreso en términos civilizatorios y, por tanto, Bachiller no deja de mostrar sus francos criterios de otredad ante la miseria en que se desenvuelven estas personas:

Dichosos los que dispuestos para cuanto la varia suerte quiera disponer en sus vicisitudes ni sienten el frío, ni temen el calor, ni desean comodidades: su vida se desliza oculta y mezquina como la de sus compañeros de jornada los irracionales: ¡pero cuán despreciable felicidad! ¡Felicidad que estriba en la abnegación del raciocinio, y de todo lo que ilustra el alma y hermosea a nuestra especie! (pp. 187-188).

Otros signos de espiritualidad cristiana se hacen latentes en el entorno propiamente urbano. No caben dudas de que el primer signo que le revela el latir de los habitantes de esta ciudad son las torres de sus iglesias, signos de vigorosa fuerza aun en el presente. Indica el autor en sus descripciones: «dejar detrás de sí las muertas y tendidas

sabanas que he descrito, y columbrar allá en lontananza las pardas y altas torres de una ciudad, es un contraste que afecta el ánimo del viajero observador». En torno a la connotación de este elemento para el habitante ya comentamos en el primer epígrafe; mas los comentarios de Bachiller ratifican su signicidad: «Sobresalen desde luego las torres y al distinguirlas ocurrieron a mi mente las noticias que tenía por otros compañeros, del carácter religioso y aun supersticioso del pueblo a que me dirigía» (p. 189), al tiempo que con altruismo revela:

Confieso que la melancolía de que iba poseído me predisponía a recibir impresiones de ternura y sentimiento antes que satirizar los objetos que de ellos fueren dignos: confieso que palpité dulcemente mi corazón al contemplar en aquellos parajes los signos monásticos de nuestro culto recordando la robusta fe, la felicidad de nuestros padres, su piedad, sus virtudes en fin: ora creía hallar encarnada en el siglo XIX la antigua gente castellana; ora me figuraba que al pie de aquellas torres acudían sus almas puras en los momentos de llamar la Pasión, y elevado a Dios sus plegarias ofrecían el más grato sacrificio que ofrecerse puede al augusto libertador del mundo, al hombre de Dios: la Virtud.

Bastó la visión de las torres para que Bachiller respirara una ciudad profundamente religiosa, espiritualidad jerarquizada por el modesto carácter reinante en su arquitectura doméstica y civil. Ni siquiera el edificio del Ayuntamiento es comparable con el más pequeño de los templos camagüeyanos. El letrado habanero percibe una expresión muy diferente de un signo que le es cotidiano en el contexto capitalino. En ambas ciudades, así como en Santiago de Cuba, reinó un sistema de iglesias con sus torres, pero solo en Camagüey mantuvieron su jerarquía dentro del sistema urbano-arquitectónico. De cualquier modo, como ya hemos anunciado, el sentimiento se impuso a la razón en Bachiller y Morales.

Su entrada al Príncipe ocurre un Viernes Santo, y en su intento de localizar una fonda en la que alimentarse, tropieza con la iglesia de Nuestra Señora de la Soledad y una población preparada para la procesión del Santo Entierro, un «inmenso gentío con cristiana resignación» (p. 190) ante la más grande obra de orfebrería elaborada en la localidad, uno de los mayores signos de espiritualidad cristiana: el Santo Sepulcro. Para el habanero, la procesión del Santo Entierro «es una escena magnífica que pone de manifiesto la gran población de la ciudad y en que brillan en bello alarde ricas preseas y atavíos sus habitantes» (p. 192).

Ante sí, a diferencia de la procesión habanera, «...la concurrencia no solo se encuentra en la procesión: coronan las aceras de las calles en sus altos andenes largas filas de hermosas jóvenes y proyectas señoras que sentadas la esperan. Lucen los caballeros sus trajes a usanza habanera, las divisas militares y uniformes de empleados de Real Hacienda y Ayuntamiento» (p. 192). Hace gala la ciudad de sus más reconocidos logros ante la metrópoli, recuérdese que el uso de uniformes, como el trato de Señoría, fue concedido junto al título de Ciudad en 1817. Si para otras regiones estos detalles estaban ya fuera de lugar, para los príncipeños resultaba de considerable novedad, y al mismo tiempo, de profundo respeto.

El Santo Sepulcro cubierto de láminas de plata y ricamente adornado de flores artificiales no es el objeto menos interesante por lo exquisito de sus adornos y riqueza material. Porción de religiosos de las diversas órdenes y sacerdotes del clero acompañaban a aquel símbolo, y una columna de infantería con armas a la funerals cerraba la procesión. Pero aquello no era un acto meramente religioso, era una fiesta nacional en que todo el pueblo tomaba parte: la calle que cruza de la iglesia de la Soledad al convento de la Merced era un mar agitado. // Varios niños vestidos de santos y santas iban por el medio de las filas de la procesión con mucha propiedad en los respectivos trajes de ricas telas: recuerdo una preciosa Magdalena con su

blanca cabellera ensortijada, su vestido de tisú de oro y flores blancas y una disciplina de ramales de oro en la mano (pp. 192-193).

Lo que hubiera sorprendido a un camagüeyano en La Habana sería la ausencia del «murmullo místico» provocado por las oraciones que sucedieron a la procesión en Camagüey. De haber compartido la experiencia de Bachiller ante los grupos de mujeres «que puestas de hinojos rezaban en alta voz oraciones análogas a la festividad», en la Plaza de la Iglesia Mayor, se hubiera identificado plenamente con el «gran oratorio» en que, según Bachiller, se convirtió la ciudad de Puerto Príncipe la noche del Viernes Santo.

Una referencia cultural del acontecer habanero por esta celebración aparece en el epistolario de la sueca Fredrika Bremer, durante su estancia en la capital en 1851 (Bremer, 2002, pp. 148-149):

Con vestidos de baile, damas blancas llenaban la plaza desde muy temprano por la tarde y se paseaban a placer, charlando y riéndose. Las mulatas se caracterizaban especialmente por la ostentación, por sus flores brillantes y por adornos que llevaban a la cabeza y al cuello, mientras se contoneaban con sus estilos de pavos reales. // Era un espectáculo brillante, pero no se podía imaginar nada que fuese menos apropiado para la ocasión. Ni un hálito de seriedad parecía tocar a aquella multitud. ¡Se veía claramente en esta procesión que la religión ha muerto en Cuba!

Las iniciativas experimentadas por Bachiller en Camagüey ratifican que se trata de una religiosidad social que se manifiesta en su ontológica propiedad. De otra manera parecería no tener sentido que, ante una representación teatral en uno de los templos, las «actrices» optaran por llevar en procesión al templo la imagen del Cristo que se había de utilizar en la puesta, «componiéndola un lucido cuerpo de señoritas con velas encendidas en la mano, sin mantón, ni mantilla y conforme se encontraban en los *quicios* o andenes de las casas» (p. 193). Como el propio autor confirma desde sus horizontes culturales: «La franqueza y religiosidad del pueblo en que se verificó la indicada función piadosa

queda suficientemente demostrada con relatar el hecho en su elocuente sencillez: supongo que en la Habana no se hubiera efectuado; pero eso consiste en primer lugar en que mis amables paisanitas se han reducido voluntariamente a la luciente nulidad de las ventanas y quitrines» (p. 193).

De haberse camagüeyanizado ya, no le hubiera sorprendido el recurso utilizado por las mujeres pobres para ocultar el rostro y el cuello, consistente en «cubrirse la cabeza con la parte superior de la bata» (p. 193). Solo la convivencia con la «multitud de mujeres (que) así cubiertas recorrían las calles» le convencieron «de que es muy cómodo y útil a los pobres» e incluso hasta puede resultar menos desairado si la «esclavina de la bata» (p. 193) queda rodeando la cara.

Pero la postura religiosa de los camagüeyanos sobrepasa las normas establecidas por la Iglesia Romana, no son los príncipeños tan obedientes como pudiera juzgárseles desde las festividades de Semana Santa. El referido respeto entre el clero y los hacendados superan el acatamiento de reglas y normas, aunque tengan como matriz las órdenes del mismo Papa. En torno a los altares de cruz,<sup>5</sup> tras disfrutar a plenitud de algunos de ellos, apuntaba Bachiller: «Diversión es muy antigua esta de que hablo: en un artículo de la Sínodo Diocesana, allá por los años de 1681 se prohibió poner cruces y santos en altares de esta especie; pero parece se continuaron poniendo en el Príncipe pues oí hablar de prohibiciones más recientes y aun de los últimos años» (p. 211). Hay resistencia cultural en esta región y eso es posible en la medida en que no existen instituciones que impongan limitaciones o la puesta en vigor de un férreo sistema legislativo.

El humor popular, voz del acontecer social, propiciará a Bachiller el reconocimiento de aquellos detalles que hacen distinguir a un príncipeño de un forastero; el uno, fuerte y resistente, acostumbrado a los áridos terrenos y con destreza para hacer frente a los desafíos



que la naturaleza le despierta; el otro, en desventaja con el espacio geográfico. A su llegada observa como los camagüeyanos que iban a reunirse con sus familiares pronto se perdieron de vista «porque mejor montados y con más estímulos corrían como desesperados» (p. 178). Saber montar en Puerto Príncipe desborda la significación que adquiere en las culturas occidentales la disciplina de la equitación. Para un habitante de la extensa sabana de la parte central de la isla montar es una necesidad que se cubre en los primeros años de vida, y la gracia y naturalidad con que lo hacen va más allá de género y condición social. Hombres y mujeres, pobres y ricos, descendientes de las más tradicionales familias o los comerciantes que, por el tiempo que llevan establecidos en la comarca, han terminado haciendo suyo el arte de montar, un arte que no se distingue por la pose o los aires que se asumen, sino por la versatilidad o soltura en este ejercicio; prima entonces lo que se llama destreza.

Esta reacción de los jóvenes camagüeyanos ante la posibilidad de arribar a casa tras un largo e incómodo viaje, encuentra su alteridad en el pomposo recibimiento que en el marco oficial se realiza a la llegada de una alta personalidad a la ciudad de Puerto Príncipe; deviene costumbre esperar a las grandes dignidades de la Real Audiencia y el Ayuntamiento en La Matanza, haciéndolo entrar en la ciudad por un «cordón de carruajes detrás del obsequiado y en forma procesional le conducen hasta su casa en la cual entra el cortejo despidiéndose después del refresco que se sirve» (p. 180).

Entre la oficialidad y lo popular, el habanero capta en medio del señalado humor el criterio de los nativos con relación a los forasteros:

La Matanza conserva recuerdos que hacen asomar la risa a los labios del oyente más serio: allí han llegado algunos bachilleres que iban a recibirse de abogados y se han tendido a la sombra de los árboles pidiendo merced y ayuda para poder continuar su viaje, molidos y asendereados del estropeo

por la falta de costumbre de cabalgar: los arrieros se complacen en relatar hasta los diálogos de estas escenas con aquella satisfacción que ostenta nuestra flaca naturaleza siempre que nos conocemos superiores en el asunto que departimos (p. 180).

Pero el propio Bachiller no podrá, como él mismo explica, comprender tanta molestia hasta el camino de regreso a la capital, fenómeno que explica, en un plano psicológico, con el siguiente argumento: «Litigantes y bachilleres que van a recibir la licenciatura de su profesión, hacen la mayor parte y ocupados del objeto de su viaje, de las recomendaciones y demás circunstancias se encuentran casi insensibles a los males externos» (p. 184).

Este es un largo camino que solo la necesidad hace transitable. No hay ninguna intención estética en la trayectoria y por ello no encuentra el viajero «las lindas y rectas guardarrayas de los cafetales de San Marcos que hacen un jardín amenísimo», «ni dan sombra a los caminantes los frondosos mameyes y aromáticos mangos de los linderos» (p. 179) u otros encantos que nuestro Bachiller conoce muy bien en el occidente del país; mas no significa ello la ausencia de un halo de encanto, misterio que no pasa desapercibido al letrado habanero, al decir: «empero la impresión que recibe el viajero a las doce del día en medio de las sabanas de Puerto-Príncipe es más sublime» (p. 179). Solo la sorpresa puede encontrar tan elevada condición del espíritu en situaciones tan agrestes, y Bachiller argumenta su impresión, demasiado propia para ser advertida por un lugareño, de la siguiente manera: «Cuando una imperceptible altura permite que se observe una gran extensión, se ve esta semejante a un brillantísimo océano sombreado de algunas *cejas de monte*. Efectivamente los rayos del sol sobre las movibles hojas de las palmeras se reflejan como en el mar. Es lindo aquel campo de bruñida plata» (pp. 179-180).

Dos palabras claves pudieran servir de referente para comprender la

esencia del príncipeño del siglo XIX: la sencillez y la austeridad, posturas que se imbrican con la rebeldía. La forma en que han sido enumeradas las casas, sin orden alguno en el lugar de las construcciones en que se colocan, es muestra de la permanente insubordinación de los moradores ante el sistema legislativo; algunas construcciones lucen la numeración al lado de la puerta o encima de ella y «a menudo no se le ve en ningún paraje». «Algunos dueños han clavado las tablillas en las hojas y postigos de las puertas, por manera que abriéndose estas el número entra en la casa y por la siesta o cuando todos duermen sale a la expectación» (p. 196). Similar explicación podría darse a los desniveles del piso de los soportales de la calzada de la Caridad. Si están planteadas las ordenanzas de construcción, o los alarifes encargados de hacerlas cumplir no se ocupan de ello, o bien los propietarios hacen caso omiso y tan solo velan por dar forma a sus construcciones, sin tomar en consideración las que le rodean, muy lejos están los camagüeyanos de entender la ciudad como sistema.

Ciertos pasajes de Bachiller llevan implícita la severa austeridad de los príncipeños, signo que ha sido considerado como apego a lo tradicional o simple conservadurismo. En la concepción de vestir, en la estética arquitectónica, en el mobiliario doméstico y en ese espíritu riguroso que excluye los ornamentos superfluos o secundarios, existe un universo cosmogónico de solidez irreducible a esquemas establecidos desde el exterior. Resulta austero el arco que los constructores ubicaron entre la sala y el comedor, el mismo que acogía la fuente de luz que alumbraba ambos espacios. Es recia la fachada de la casa camagüeyana a la vista de Bachiller, tan solo distinguida por «un desgraciado *guarda-polvo* alero que corre todo el frente» (p. 191) — elemento que se conoce hoy como alero de tornapuntas—, y dos medias pilastras que franquean la puerta principal de la edificación, adorno entendido como «de mero capricho y que no revelan la

intención del artista» (p. 191). El mismo autor subraya tal austeridad con el siguiente resumen: «Son pues casi todas de aquella forma severa con gruesos balaustres de torneada madera y pintadas de un color aplomado muy caro tirando a gris» (p. 191).

¿Acaso es la austeridad el «estilo» de vida de los príncipeños en la primera mitad del siglo XIX? ¿No será esta la razón por la cual se resistían a utilizar anuncios públicos para promover los productos de los establecimientos comerciales, y en su lugar emplean la comunicación oral? La respuesta, con la dinámica propia de los procesos culturales, nos la ofrece el propio Bachiller en un contrapunteo entre el proceder de los hacendados o agricultores y el sector integrado por los comerciantes que, procedentes de diferentes partes del mundo, se establecen en la ciudad e incorporan a sus establecimientos los elementos de modernidad por ellos conocidos.

Sí, no existen mercados públicos con sede en un cuadrilongo edificio subdividido en casillas y áreas para verduras, carne y otros productos; sin embargo, hay un sistema de compra-venta que el etnógrafo describe al margen de «revendones»: «Mis observaciones no pueden tener un carácter de certidumbre que una prolongada investigación les diera; pero en un país ganadero en el cual el comercio de carne es la ocupación descollante, presumo que los propios hacendados venden al menudeo el tasajo de sus reses» (p. 198). Muy difícil de comprender por Bachiller, sumergido en las necesidades comerciales de la isla, esta expresión de las relaciones mercantiles en Camagüey.

Contrasta con este recio proceder el modo en que los inmigrantes dedicados al comercio trabajan la imagen de sus establecimientos, un modo muy familiar al capitalino, acostumbrado a las transformaciones que asumió el comercio en la Habana desde la ocupación de los ingleses tras mediar el siglo anterior. La Tienda de Los Loros, la Calle del Comercio, el Ancla de Oro, La Elegante, son puntos de referencias

que Bachiller elogia con detalles: «Descuellan las tiendas de ropas por la abundancia del surtido y buen gusto de los adornos y vidrieras, sujetas unas, como la Elegante, en marcos de bruñida caoba, otras en cuadros de colores en que lucen bonitos dibujos del gusto gótico-moderno. Las tiendas de ropa no tienen nada que envidiar a las de esta capital» (p. 197).

La rigidez de la red institucional no puede ser el patrón para juzgar la cultura de los príncipeños. Ante la franca educación de sus habitantes, a nuestro etnógrafo no le ha quedado más alternativa que citar a un ilustrado local, El Lugareño,<sup>6</sup> en una de sus *Escenas cotidianas* (Betancourt [1838-1840] 1950, pp. 54-61): «...casi todas las niñas de Puerto Príncipe aprenden a leer y a escribir en sus casas con sus deudos o por sí solas» (p. 203). Por su parte, para admirar ese orgullo femenino, parte de la praxis y dice: «Las señoritas más nobles son las más francas para el trato. He oído hablar del orgullo castellano de las príncipeñas, y cualquiera que sea respecto de la comunicación y trato para mí no existe» (p. 204).

Una vez más confunde Bachiller los conceptos porque no se trata de una altivez respaldada por lo fatuo, la presunción, la soberbia o la arrogancia, sin más ni más. Hay orgullo en el camagüeyano, pero un orgullo que viene desde su interior, desde la franqueza con que asume lo que a sus ojos es digno de destacar por ser fruto de su telaraña de significados. Hay, como diría José Martí de Agramonte, orgullo en su modestia.<sup>7</sup> Bastará la presencia de una araña de otro telar para que esa camagüeyanidad se rompa o resulte incomprensible, al tiempo que, como dice Bachiller, se fortalezca y dignifique.

Una de las más importantes lecciones que ofrece Antonio Bachiller y Morales a la contemporaneidad radica en el reconocimiento de la diversidad sociocultural presente en los cimientos de la región, una diversidad que existe hoy, con la legitimidad y el enriquecimiento que

le compete. El reto está en reconocer, respetar y defender esa diversidad.

## Bibliografía

- Bachiller y Morales, Antonio ([1838-1839] 1962). «Recuerdos de mi viaje a Puerto Príncipe», *Prosas cubanas*, tomo I, pp. 175-213, Consejo Nacional de Cultura, La Habana.
- Basail Rodríguez, Alain (2005). «Capilla, museo y garaje. Metáforas para un itinerario crítico de la antropología», Basail Rodríguez, Alain (coord.): *Antropología social. Selección de lecturas*, pp. 13-32, Editorial Félix Varela, La Habana.
- \_\_\_\_\_ y M. Yoimi Castañeda Seijas (2005). «Cuestión de conocer (los/nos). Sujeto, objeto y sentido de la antropología», Basail Rodríguez, Alain (coord.): *Antropología social. Selección de lecturas*, pp. 3-11, Editorial Félix Varela, La Habana.
- \_\_\_\_\_ y Roberto Dávalos Domínguez (2005). «Ante el espejo del otro: inosotros! Sobre la necesidad de la antropología», Basail Rodríguez, Alain (coord.): *Antropología social. Selección de lecturas*, pp. VII-XII, Editorial Félix Varela, La Habana.
- Betancourt Cisneros, Gaspar, *El Lugareño* ([1838-1840] 1950). *Escenas cotidianas*. Dirección de Cultura, La Habana.
- Bremer, Fredrika (2002). *Cartas desde Cuba*. Fundación Fernando Ortiz, La Habana.
- Geertz, Clifford (2005a). «Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura», Bohannan, Paul y Mark Glazer: *Antropología. Lecturas*, pp. 547-568, Editorial Félix Varela, La Habana.
- \_\_\_\_\_ (2005b). «Impacto del concepto de cultura en el concepto del hombre», Basail Rodríguez, Alain (coord.): *Antropología social. Selección de lecturas*, pp. 56-76, Editorial Félix Varela, La Habana.

Martí, José ([1888] 1991). «Céspedes y Agramonte», *Obras completas*, t. IV, pp. 358-362, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

Rosaldo, Renato (1991). *Cultura y verdad*. Editorial Grijalbo, México.

Rosemond de Beauvallon, J.-B. (2002). *La Isla de Cuba*. Editorial Oriente, Santiago de Cuba.

Tamames Henderson, Marcos Antonio (2001). *De la Plaza de Armas al parque Agramonte. Iconografía, símbolos y significados*. Editorial Ácana, Camagüey.

\_\_\_\_\_ (2004). *Tras las huellas del patrimonio*. Editorial Ácana, Camagüey.

\_\_\_\_\_ (2005). *La ciudad como texto cultural. Camagüey 1514-1837*. Editorial Ácana, Camagüey.

\_\_\_\_\_ (2009). *Una ciudad en el laberinto de la Ilustración*. Editorial Ácana, Camagüey.

## Notas

---

<sup>1</sup> Por la estrecha relación que guarda este trabajo con sus planteamientos, remito a Clifford Geertz (2005b).

<sup>2</sup> La unidad y diferencias entre las regiones de la Isla demandó importantes consideraciones de los letrados y viajeros de la época. Véase también, por ejemplo, el testimonio de Jean-Baptiste Rosemond de Beauvallon (2002), quien visitara la Isla en 1841.

<sup>3</sup> Todas las citas de la obra de Bachiller corresponden a este libro, entre las páginas 175-213, por lo que solo se coloca entre paréntesis la página correspondiente.

<sup>4</sup> Entre los textos en que he fundamentado este criterio, véanse Tamames, 2001, 2004, 2005 y 2009.

<sup>5</sup> Los *altares de cruz* eran tradicionales en el Camagüey y se organizaban a partir del 3 de mayo, fiesta de la Santa Cruz, hasta fines

de ese mes. Generalmente, se hacían en viviendas donde sus dueños levantaban, en la sala de la casa, un altar presidido por una cruz de madera o de flores, en torno a la cual, sobre una alfombra, se disponían jícaras o bandejas llenas de frutas, con las que se hacían los refrescos ofrecidos durante el agasajo, que incluía de modo especial el baile.

<sup>6</sup> Gaspar Betancourt Cisneros.

<sup>7</sup> «Por su modestia parecía orgulloso» (Martí, [1888] 1991, p. 361).